

El teatro de la pasión y la angustia tras bambalinas

IVONNE ASCENCIO*

Mónica, mamá de Ana, llama para pedir que atienda a su hija de 16 años “porque ya no la aguanta”. Comenta que está insostenible y contestona, que “ya hasta los golpes llegaron”, no obedece y siempre quiere salirse con la suya. Habla durante 20 minutos, aunque la entrevista ya estuviera concertada para el día siguiente. Ana, a comparación de cómo la imaginaba, es una adolescente linda y amable. Su hablar es tranquilo, sonríe mucho, en especial cuando le dan ganas de llorar. Le siento más dolor que enojo.

Mónica sufre de migrañas cuando se enoja o se siente presionada; culpa a Ana, quien es su única hija, de que esto le pase. Le ha dicho a Ana que por su culpa va a acabar en el hospital o muerta, quedando culpable Ana no solamente de la salud de la madre, sino de los problemas que hay en el matrimonio de sus padres, debido a que pelean porque el padre se enoja de tener que llegar a una casa llena de gritos.

Ana, por su parte, se queja de que su madre no cree en ella, a lo que Mónica responde que ya no puede creer con todo lo que ha hecho y mentido. Ana describe a su mamá como gritona y poco tolerante, que cuando se enoja se encierra en su cuarto y no responde, angustiándola que se ponga mal estando encerrada.

Ana y Mónica es el caso que uso para representar a varios casos de pacientes adolescentes que atiendo y he atendido, en donde se repite la situación del “hijo problema” que pone mal a toda la familia por su enojos, agresiones y constantes peleas... sin tomar en cuenta que para un pleito se necesitan dos. Casos donde el adolescente es visto como el único culpable.

El trabajo con adolescentes nos muestra la necesidad de no caer en una lectura puramente económica del *acting out* como descarga, evitando la posibilidad de aprehender y comprender ese acto en toda su complejidad.

Recordemos que el adolescente es un ser de acción. Aquello que nos muestra el adolescente en el despliegue actual de una esce-

*Ivonne Ascencio
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara
Psicoanalista titular
en función didáctica

ivonneascencio@hotmail.com

na deberá ser tomado por el analista como un recurso a través del cual nos dirá lo que no puede ser dicho con las palabras.

En este tipo de pacientes, de “adolescentes problema”, el hijo siente un afecto, siente un “algo” mortífero que no puede ser hablado, no puede ser representado; por lo tanto, sale como acto (gritos, peleas, arranques). Donde lo que se vive de la relación no es el afecto verdadero, no es la palabra, la relación queda solamente en acción–descarga, siendo el fin de la misma relación vivir en un teatro donde lo pasional y lo especular lo llena todo.

¿Qué sucede cuando no se permite el acceso a la palabra y a la pregunta? ¿Cuál es el destino de aquello censurado? Se facilita el retorno de “lo oculto” en un acto como única forma de mostrar lo que no puede ser ni recordado, ni olvidado, ni hablado. El síntoma representa siempre un enigma, una interrogante que abre el proceso analítico por el malestar que causa al paciente o quienes lo rodean como el caso de niños y adolescentes que no vienen siempre por su propia decisión. Es así que el síntoma será una puesta en escena siempre viva, tal como sucede en el teatro donde nunca una representación puede ser igual a otra, aun cuando se repita muchas veces.

Primer acto. Una madre desesperada, arrasada “por culpa de ese hijo” –hijo que es causante de todo mal en la familia–, una madre que habla con odio porque la situación es “intolerable”. En este trabajo me referiré a la relación madre–hija, en la que se ve con mayor claridad la angustia encubierta (pero también se ve en relaciones padre–hijo).

Segundo acto. Aparece ese hijo enojado porque el padre en cuestión no lo entiende y siempre le da la razón a ese otro hermano preferido. Se queja de la injusticia, exige que la impongan y, al no ver los resultados, pelea.

La trama. Peleas, peleas y más peleas. En la pasión, se juega el *Self*. Relación pasional en la que se borra lo simbólico y el lugar del tercero, donde lo dual y especular es lo que existe. Donde el pensamiento y palabra quedan omitidos para dar lugar a la acción, a una puesta en acto.

En el escenario. Sesión analítica. Aparece un *round* de quejas de cada uno de la pareja hacia otro, en el que buscan que la analista/juez dé la razón a quien está en lo correcto. Ahí aparece esa adolescente de la cual habla la madre, enojada, retadora y caprichosa. Y una madre víctima de esa hija. Si el analista se queda con esta historia, se quedará en lo manifiesto, se creará esta obra de teatro en la que hay que arreglar a ese niño problema para tener un final y una familia feliz, sin cuestionarse: ¿por qué surgió esta situación?, ¿qué es lo que esta situación soporta? Tanto el niño como el adolescente hacen sentir aquello que no pueden hablar.

Estas conductas indeseables sirven en un primer momento para algo, comunican, sostienen y protegen. Y esa es la labor del analista: no arreglar a ese hijo sino entender qué hay detrás de toda esa situación. En la clínica psicoanalítica buscamos subjetivizar al síntoma, recuperar su sentido y su lugar en la historia personal del paciente.

Bambalinas. Bambalinas son las tiras de tela pintada que cuelgan detrás del escenario de un teatro. “Tras bambalinas”, en sentido literal, se refiere a lo que sucede detrás del teatro, donde están los utileros, el sonidista, el electricista, haciendo su trabajo fuera de la vista del público. En sentido figurado o metafórico se aplica a algo que se hace de manera encubierta, para que alguien no se dé cuenta. Es una analogía con el teatro, la obra sigue su curso mientras no se ve lo que hay atrás del escenario, donde puede ser todo un caos, pero en el escenario las cosas siguen como la obra está escrita, y no

importa qué pasa atrás, todo debe seguir conforme lo escrito.

Intermedio. Quiero aclarar que mi manera de trabajar con estos “adolescentes problema” o estos casos es con terapia vincular, sesiones individuales con el adolescente y otra con la madre y el adolescente juntos; cuando se requiere, cito a los padres solos.

Las conductas de los niños, así como de los adolescentes, son un mensaje a descifrar. Estas acciones dicen algo, dicen que hay algo en el adolescente y su ambiente que no se encuentra bien. El síntoma del adolescente es el síntoma de la familia. Es por esto que es necesario, durante el tratamiento, hacer sesiones vinculares o familiares, en las que se busca que cada quien cargue lo que le corresponde. Ya que, en mi experiencia, si el padre o madre no entiende el trasfondo de la conducta del hijo y de su propio sentimiento hacia ese hijo, es muy difícil que cambie la relación entre ellos.

Cuando el muchacho o la niña ya se han endurecido a causa de la falta de comunicación (al no reconocerse el pedido de auxilio que encierra el acto antisocial), cuando los beneficios secundarios han adquirido importancia y se ha alcanzado una gran destreza en alguna actividad antisocial, es mucho más difícil advertir (pese a que aún está allí) el pedido de auxilio revelador de la esperanza que aliena en el muchacho o la niña antisociales... En otras palabras, lo que ocurrió en determinado momento tenía sentido, aunque para cuando el individuo es confiado al cuidado de ustedes, habitualmente ese sentido se ha desvanecido.

WINNICOTT, 1967.

Tras bambalinas. La adolescencia se caracteriza por el desasimiento de la autoridad parental, la elaboración de duelos (por los padres de la infancia, por el cuerpo infantil, por las seguridades perdidas), el

hallazgo de objeto exogámico. La adolescencia, etapa en la cual el sujeto debería lograr *soltar la mano de los padres* y construir una historia propia.

¿Qué ha pasado con estos adolescentes que, en lugar de separarse, siguen fusionados? Esta fusión, esta pasión no ha permitido que se pueda hacer ese duelo por los padres, en especial por la madre, para poderla abandonar e ir en búsqueda de otros objetos ahora de carácter exogámico. ¿Qué hay detrás de esa relación conflictiva y alienante, de ese pleito constante?

Lo que hay detrás de esta relación pasional, tras bambalinas, lo que no se tiene que ver ni hablar, es una angustia de parte de ese hijo que logra “sentir” a esa madre. Logra sentir la debilidad, la depresión de la madre. Pelean porque más vale una madre viva y agresiva a una muerta, deprimida. Una madre gritona es siempre mejor que una silenciosa. Una angustia tan grande, que hace que el hijo prefiera ser “el malo”, “el loco de la casa” con tal de salvar a esa madre ya que logra percibir que, si ella no saca de sí toda esa ansiedad, esa angustia psicótica, se enloquecería o caería en un estado enfermo o depresivo. Hijo que, a través del pleito, logra sentirse visto y tener un lugar especial con la madre, aunque de manera negativa. Pelean porque sólo así se siente visto y con un lugar. El soltar a la madre y crecer y hacer su vida es correr el riesgo de que la madre sufra una caída, se deprima o enferme. Una madre ansiosa y angustiada constantemente donde su *Self* está en juego, es por eso que no puede contener a ese hijo y ante cualquier problema siente quebrarse.

Atrás de la máscara de esa madre narcisa e intolerante, se encuentra la verdadera madre, una madre frágil, con una incapacidad para ser mamá o con un duelo no resuelto sobre su maternidad. La angustia constante y exorbitada que exhibe la madre a través de su poca tolerancia denota el peligro de la caída del *Self* de la misma. Una madre tan asustada de su propia fragilidad y su facilidad para

derrumbarse, que tiene que enloquecer al hijo para que la locura quede fuera de ella.

Viñeta. Reviso el teléfono y veo cinco llamadas perdidas de Mónica en un lapso de 30 minutos; regreso la llamada, Mónica contesta, furiosa, que ya no puede con Ana y relata la siguiente escena: Mónica y Ana pelean; Mónica la regaña, Ana se da la vuelta y la deja hablando sola, Mónica le prohíbe irse, a lo que Ana le contesta que yo le dije que se alejara, que mejor se fuera antes de pelear para evitar que la pelea subiera de tono. Mónica camina detrás de ella exigiendo respeto, y le prohíbe encerrarse en su cuarto. Ana le grita ya dentro de su cuarto que prefiere encerrarse para no pelear. Mónica no cesa de tocar en la puerta de Ana, exigiendo que salga. Ana no aguanta, sale de su cuarto y comienzan a gritarse.

Mónica dice que me marca para corroborar, como ella cree, que yo no he dicho eso y para que vea cómo es Ana de mentirosa. Yo respondo que es cierto que yo dije eso, que Ana no mintió. Mónica, más molesta, me reclama que cómo pude yo decirle eso a su hija, que es una falta de respeto hacia sus padres. Yo le digo que cómo espera que Ana se calme y no grite y no se enoje, si ella, la madre, no lo puede hacer. Me dice que es porque Ana la saca de sus casillas y no entiende por qué le tocó una hija así. Yo le digo que no le tocó una hija así, pero qué es lo que espera cuando ella le dice a su hija una y otra vez todo lo que no la aguanta, que le he tratado de explicar que el enojo de Ana viene del rechazo que siente de ella, principalmente.

Mónica llora y me dice que ya no puede, que trata de calmarse, pero no puede y no sabe por qué, que está desesperada. A lo que yo le contesto que no puede sentir el dolor de su hija, y que la tiene que enloquecer persiguiéndola para ella no sentirse loca con tanto coraje. Que ella, ante el sentimiento de tronar, se enoja y no puede controlar ese enojo; lo tiene que sacar, y Ana es su recipiente perfecto.

Le digo que vea cómo se enojó conmigo y no aguantó hasta la sesión para hablar, que me tuvo que marcar cinco veces seguidas para pelear ahora conmigo y sentirse tranquila. Me dice que siente que, si no saca ese enojo, se puede desmayar. Eva Rotemberg comenta¹:

La violencia de los hijos es la manera que tienen de demostrar que no se han sentido tenidos en cuenta. El hijo violento de alguna manera se ha sentido violentado a lo largo de su vida, en algún sentido. Ya que no ha podido contar con sus padres del modo en el que él hubiera necesitado. Se sienten ignorados o se sienten considerados como el loco de la familia (...). Se sienten atrapados en una situación que no les deja vivir. Es un modo destructivo porque consiguen exactamente lo contrario de lo que buscan y son realmente considerados los locos.

A falta de amor, el masoquismo ha creado una satisfacción en el dolor. El dolor hace sentir los límites corporales para tener un límite del Yo.

El guión o la historia. He visto que estos adolescentes fueron, de niños, el hijo perfecto, aquel que cuidaba de la madre, se encargaba de los hermanos, sacaba buenas calificaciones y hacía todo lo que se le pedía. Niño que, a través de los años y de buscar ser el preferido por los cuidados que brindó, no logra ganarle a ese otro hermano que se lleva la atención de la madre, casi siempre "porque son los más parecidos a ellas".

El niño acepta ser el personaje que la madre necesita que sea, ya sea el hijo que lo hace todo por la madre o el culpable de todo. Papel que se acepta por sometimiento, y este sometimiento se acepta por

¹ ROTENBERG, E. (2007). *Hijos difíciles, padres desorientados. Padres difíciles, hijos desorientados*. Lugar Editorial: Argentina. Pág. 234.

la necesidad que hay de madre y el único camino posible es adaptarse a aquello que la madre requiere. En una inversión del vínculo, el niño, en lugar de ser sostenido, sostiene el narcisismo materno. Una madre que no puede contener a ese hijo y es debido a la falta de esta contención que el hijo no logra frenar su impulsividad.

La sumisión constituye la primera fase del ser falso, nos dice Winnicott (1960)², y es la propia incapacidad materna para interpretar las necesidades del pequeño. El ser falso, entonces, oculta primero al ser verdadero, luego la realidad interna del niño.

Las primeras identificaciones son estructurantes y siempre los niños se identifican en el espejo de los ojos de la madre (Winnicott)³. Hay veces que estas identificaciones favorecen el despliegue de las tendencias al desarrollo, y otras se convierten en traumas generadores de patologías (p. 130)⁴. La presencia permanente del objeto materno alientante no permite la ausencia que llevaría a la separación, a la integración y personalización, así como hacia la independencia. Identificación alienante que, si no se entiende y corta, puede llevar a que ese hijo adopte esa imagen interna de sí mismo: malo e indeseable.

El analista, a través de su mirada, una mirada diferente, ayudará a su paciente tanto a desidentificarse de esa mirada como a rescatar su *Self* verdadero y, junto con él, la capacidad de amar, de ser feliz y sentirse pleno; habitar su propio ser con lo que realmente se es. En caso contrario, viviría toda su vida jugando un rol, siendo un

personaje, viviendo en una historia, en una obra que no es la suya, impidiendo experimentar el placer de uno poderse contar y vivir la propia.

BIBLIOGRAFÍA

ABERASTURY, A., y KNOBEL, M. (1980). *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Paidós.

BLOS, P. (2003). *Los comienzos de la Adolescencia*. Amorrortu Editores: Argentina. Págs. 222.

CHERVINSKY, N. (1998). "Identificaciones Alienantes y falso *self*". Revista *Espacio Winnicott, Encuentros*, de la Asociación Psicoanalítica de Argentina. Núm. 2, págs. 121-135.

KRISTEVA, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del Alma*. Cátedra, Teorema editores: España. Págs. 205.

ROTENBERG, E. (2007). *Hijos difíciles, padres desorientados. Padres difíciles, hijos desorientados*. Lugar Editorial: Argentina. Págs. 280.

WINNICOTT, D. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós: Buenos Aires.

_____ (1971). *Realidad y juego*. Editorial Gedisa: Barcelona.

_____ (1967). *La delincuencia juvenil como signo de esperanza*. Recuperado de <http://psikolibro.blogspot.com/search/label/Obras%20Completas%20Winnicott>

REVISTAS

(2004). Revista *Espacio Winnicott, Encuentros*, de la Asociación Psicoanalítica de Argentina. Núm. 6, págs. 204.

(1998). Revista *Espacio Winnicott, Encuentros*, de la Asociación Psicoanalítica de Argentina. Núm. 2, págs. 199.

² Winnicott (1960 b). "La distorsión del yo en términos de un *self* verdadero y falso", en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*.

³ En su artículo "Rol de la madre como espejo" (1971). *Realidad y juego*. Editorial Gedisa: Barcelona.

⁴ CHERVINSKY, N. (1998). Identificaciones Alienantes y falso *self*. Revista *Espacio Winnicott, Encuentros*, de la Asociación Psicoanalítica de Argentina. Núm. 2, págs. 121-135.